

Estirpe

Mariana Bernárdez

EN PRINCIPIO, LA RELACIÓN CON LA MADRE se da en la oscuridad de la entraña, en el adormecimiento del latido acunado en el agua primordial. Poco sabemos de ese ocurrir salvo la certeza de que su carga simbólica será por siempre arquetipo fundacional. Cavidad o hueco donde nacer es mostrarse hacia una luz tan luz, que es inevitable portar su enceguez en alta cifra de un dintel.

¿Cómo pretender olvidar a Eneas desdibujando los corredores de un laberinto imaginario a la puerta de la Sibila de Cumas o a Edipo en suplicancia frente al Bosque de las Euménides? ¿Quedarán sus nombres inscritos en una memoria genética al igual que el de Eva tocando en el fruto la posibilidad del tiempo y el surgir de la historia humana?, ¿o su fábula se borrará en el movimiento pendular del cuerpo suspendido de Yocasta en ofrenda a Gea?, ¿o de los tantos que se postraron a las orillas de Epidauro, con el fin de que mediante la inducción del sueño, no meramente como umbral de curación o de revelación, se sanara su alma?

No hay pregunta que circunscriba el misterio, sólo la sospecha al recordar el seno que amamanta. Primer lazo: devorar y ser devorado, ¿o hay uno anterior?, ¿existirá algún rastro suyo en la irrupción de la pulsión erótica y la tanática, más allá de la confusión del asalto azaroso, de una mutación celular?, ¿será que la caída no es más que asumir el eterno retorno establecido entre la cavidad que gesta el nacer y el sepulcro que aventura el translumbarse?

Nacerse es vivir caídos, en la tierra, enraizados, apelando al sentido de saberse en los otros y con ellos. El reverso es la orfandad como la peor de las condenas: quien no se sabe prolongación de un cuerpo anda sin rostro, arrebatado, buscando matar al progenitor que lo ha desconocido. El hijo necesita de ese vínculo en su afirmación positiva porque de lo





contrario, sin el conocimiento del amor filial, el tajo que lo arrodilla mana de lo terrible, es poseído por la furia y el rencor de quien ha sido despojado de lo que por derecho natural era suyo.¹

Tan profunda es la atadura que no existe nombre que señale la condición de la madre que asesina al hijo o viceversa.² La juntura de este binomio es indisoluble: no hay uno sin otro; se pensaría que por evidente implica una problemática menor derivada de su propia naturaleza, pero como la sujeción ocurre tan adentro, ahí donde las emociones permanecen en ovillo resguardado por el presentimiento, poca claridad se posee, y ello pareciera ser la premisa que afirma el nudo que ambas figuras constituyen. Otra cuestión será la negación inevitable del hijo hacia la madre para

¹ Véase María Zambrano, “El freudismo, testimonio del hombre actual”, en *Hacia un saber sobre el alma*. España: Alianza Tres, 1989.

² Decimos de Edipo que fue “parricida”, pero no “marricida”, así como no existe palabra que defina la condición de la madre que ha perdido al hijo.

hacer perdurar la sangre, y en la progenie inaugurar un futuro, no por simbólico menos incierto.

Eslabón. Estirpe. Usurpación del poder a fin de cumplir con la ley de subsistencia: concebir para alcanzar una completitud seminal. Quizá por ello las figurillas de terracota, marfil o piedra de amplios senos y vientre, conocidas como las “Venus paleolíticas”³, sigan asombrándonos, como si en sus contornos se apresara ese “algo” que, a pesar de los siglos, se confina en el arcano que se hace presente en los mitos de la creación. ¿A caso no nos lo dice Hesíodo en su *Teogonía*?: “Gea la de amplio seno, cimiento seguro de todo inmortal [...] que procrea primeramente, igual a sí misma [...]”⁴ La humanidad se abandona ante su fuerza avasalladora, y reconoce en su prodigio la matriz imperturbable, la “Isla de los Bienaventurados”, el punto donde todos los caminos se desatan y concentran, el resguardo que se implora cuando el temor o el goce en su desmesura hacen creer, equivocadamente, que se ha descubierto el signo de todos los nombres. Vencidos en nuestra condición humana continuamos celebrando su imagen terrestre, como si en ese acto se dejara de lado la vacilación lacerante de que el vientre es a la vez pórtico y desgarradura que alumbró la conciencia de la vida y la muerte. ■

³ Sobre el tema ver Mircea Eliade, *Historia de las creencias y las ideas religiosas I y II*. España: Paidós Orientalia, 1999, en bit.ly/GXxpSu, consulta realizada 14 de marzo de 2011.

⁴ Hesíodo. *Teogonía*. Versión de Paola Vianello de Córdoba. México: UNAM. Col. Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, 1986, pp. 4-5.